

pintura delicuescente de Zuloaga por un arte más noble, elevado y sencillo, con el cual se rehabilita verdaderamente el alma castellana y se la devuelve á su clásica tradición para que así sea más fiel á sí misma y al devenir de su destino. Estudiándola en las intimidades de su conciencia, en las profundidades de su inconsciencia, han conseguido darle nueva vida, con ayuda de un arte enérgico, vibrante y hondo, cuya humanidad se hace moderna, por el sentido natural, que pone de relieve con tanta amplitud. Zárraga ha cimentado su superioridad en el estudio prolijo de los grandes maestros españoles é italianos. Se ha impuesto una severa disciplina y ha llegado con ella á expresar esa misteriosa armonía de su "Exvoto," cuyas líneas clásicas y apagado color hacen más sacrilega la interpretación del asunto. Ese San Sebastián es de un misticismo de manifestación grave, como grave es la hermosura de su dibujo, en el que la mano diestra de un artista exigente consigo mismo se revela. La expresión de dolor en el rostro inclinado, como si fuera para morir, es de una modernidad refinada que presta mayor atractivo á lo tradicional de la figura en su delineación pura. ¿Es puro también el sentimiento de devoción que hace orar á la doncella arro-

dillada delante del desnudo cuerpo del santo, en cuyo pecho ábrese la roja herida? No lo creemos. Nótase aquí una mezcla de sensualismo y misticismo cuyo sabor pecaminoso insinúa una intención secreta en el artista. La religiosidad sencilla ha muerto con el triunfo de la civilización de espíritu. El talento de este pintor se despliega con mayor audacia en la composición de su cuadro "El don," graciosa y vigorosa; allí las carnes aparecen tratadas con ese culto propio de la maestría en desnudeces severas, con tonos de madera, por lo que se hace aún más evidente la antítesis allí presentada entre la juventud y la vejez, la miseria y la riqueza, la generosidad y la avaricia. Los racimos y demás frutos componen el complemento decorativo que ha de ser otorgado á la naturaleza muerta en torno de las figuras vivas, en holocausto á la mayor expresión de éstas. En verdad que esta obra es de aliento y es digna, además, de admiración y de estudio; no sólo por su inspirado motivo, sino por las secretas y serias habilidades de su autor, habilidades cuya reseña nos llevará más lejos de lo propuesto.

ULRICO BRENDEL.

## Crónica de libros.



Emile Faguet.

**LA POESIE FRANCAISE.** Extraits de tous les auteurs depuis les origines jusqu'à nos jours. Par Emile Faguet.—Paris.—Libraire des Annales Politiques et Littéraires.

Una excursión amena y provechosa por ese campo fecundo de la literatura francesa, campo familiar y amado, evocador de tantas sensaciones gratas y de tantos inefables recuerdos; eso es el libro que el infatigable Faguet y sus distinguidos colaboradores ofrecen hoy á la avidez del bibliófilo. Hemos recorrido muchas veces esos caminos, y hemos reposado en ellos, ya á la sombra de algún bosquejo solemne, ya á la

vera de algún jardín perfumado, ya cabe la cúpula de cristal de algún invernadero guardador de corolas impregnadas de aromas deletéreos. Y suele suceder que en el viaje encontremos tal cual ídolo roto y más de una capilla donde, en tiempo no lejano, corríamos á orar reverentes y sobre cuyo altar no iremos ya á encender ninguna lámpara nunca ni depositaremos nuestra floral ofrenda. El culto huyó con nuestra juventud, y si aún guardamos la creencia en el fondo de los corazones, ya no concurrimos á oficiar en el templo. ¿Verdad, de Vigny? ¿verdad, puro y dulce Lamartine? ¿verdad, Musset amado? ¿verdad, padre Hugo? . . . . .

En el maravilloso desfile, va pasando la vieja poesía de los primeros siglos con su cantar ingenuo y balbuciente en que mal puede adivinarse en embrión la atildada poesía del siglo de oro; las canciones de gesta, **Le roman de la Rose** y **Le román de Renart**, la primera empezada por Loris y que terminó Juan de Meung; á poco andar aparece el lírico vagabundo autor de **Le Petit** y **Le Grand Testament**, cuya alma de desarra-pado cantor habría de salvar más de tres siglos para encarnar en aquel **Pauvre Lelian** que nos dijo las cosas más bellas y más tristes, más sensuales y más santas, mientras bebía y pecaba; luego la **Pléyade** que termina en Ronsard, renovador y fecundo, que conoció la mayor gloria de su tiempo; . . . . . **En fin, Malherbe vint. . . .** y con él el espíritu clásico que condenó las deformidades de la poesía del siglo anterior, que